

Keepsake

Keepsake

(Albert Samain)

Su veste era de gasas y de tules
salpicada de rosas
y camelias en flor, y eran azules
sus pupilas extrañas,
glaciales cual las aguas misteriosas
cuyo nivel sereno
sueña á la luz, al pie de las montañas.
Las voces sollozantes del Tirreno
arrullaban su vida
en pétalos süaves esparcida....
Ella desfallecía en el encanto
diurno--los pies en cruz,—y los cristales
polifonos y tenues de su canto
evocaban el llanto
del proscrito que vaga en extranjera
región.

En caprichosas espirales
se enroscaba á su brazo una pulsera,
una ajorca de hierro,
en que un nombre sonoro se leía,
un brazalete sólido que hacía
pensar en las argollas del destierro
sin esperanza....

Entre perfumes suaves
la joven expiraba, y sus pupilas
inmóviles y graves
fijábanse en las ondas intranquilas
del azogado piélago, en las naves
que cortaban el tierno
azul del mar; sin transición alguna
en la tarde dorada y oportuna
partía del otoño.... hacia el invierno
con dulzura infinita
con austera bondad.... y era cual una
música pasional que se marchita.

EDUARDO CASTILLO

«Keepsake», *El Nuevo Tiempo Literario*, Bogotá, 5 de noviembre de 1905.
«Keepsake», en: *Au Jardin de L'Infante*.

Keepsake
(Albert Samain)

Su veste era de gasas y de tules
salpicada de rosas
y camelias en flor, y eran azules
sus pupilas extrañas,
glaciales cual las aguas misteriosas
cuyo nivel sereno
sueña á la luz, al pie de las montañas.
Las voces sollozantes del Tirreno
arrullaban su vida
en pétalos süaves esparcida....
Ella desfallecía en el encanto
diurno –los pies en cruz, – y los cristales
polífonos y tenues de su canto
evocaban el llanto
del proscrito que vaga en extranjera
región.

En caprichosas espirales
se enroscaba á su brazo una pulsera,
una ajorca de hierro,
en que un nombre sonoro se leía,
un brazalete sólido que hacía
pensar en las argollas del destierro
sin esperanza....

Entre perfumes suaves
la joven expiraba, y sus pupilas
inmóviles y graves
fijábanse en las ondas intranquilas
del azogado piélagos, en las naves
que cortaban el tierno
azul del mar; sin transición alguna
en la tarde dorada y oportuna
partía del otoño.... hacia el invierno
con dulzura infinita
con austera bondad.... Y era cual una
música pasional que se marchita.

Eduardo Castillo

Apoteosis

APOTEOSIS

(LE SACRE)

Albert Samain

La Catedral temblaba con el vibrar sonoro
de sus bronces; tronaban los cañones distantes,
mecíanse en el viento mil flámulas triunfantes
y cánticos de gloria timbraban en el coro.

Inclinóse el Monarca con soberbio decoro,
y entre un desfile inmenso de luces vacilantes,
adelantóse el Papa, cubierto de diamantes,
llevando entre los dedos una corona de oro.

—Hijo....— exclamó el Pontífice con voz calmada. Entonces
hubo un silencio grave. Calláronse los bronces
y los clamores sordos del pueblo en regocijo;

y por un breve instante, ¡oh César poderoso!
sólo se oyó en la calma del templo majestuoso
la voz de una viejilla que lloraba por su hijo.....

EDUARDO CASTILLO

(Au jardin de l'Infante)

«Apoteosis», *El Nuevo Tiempo Literario*, Bogotá, 28 de enero de 1906.
«Le Sacre», en: *Au Jardin de L'Infante*.

Apoteosis
(LE SACRE)

Albert Samain

La Catedral temblaba con el vibrar sonoro
de sus bronces; tronaban los cañones distantes,
mecíanse en el viento mil flámulas triunfantes
y cánticos de gloria timbraban en el coro.
Inclinóse el Monarca con soberbio decoro,
y entre un desfile inmenso de luces vacilantes,
adelantóse el Papa, cubierto de diamantes,
llevando entre los dedos una corona de oro.
–Hijo.... – exclamó el Pontífice con voz calmada. Entonces
hubo un silencio grave. Calláronse los bronces
y los clamores sordos del pueblo en regocijo;
y por un breve instante, ¡oh César poderoso!
sólo se oyó en la calma del templo majestuoso
la voz de una viejilla que lloraba por su hijo.....

Eduardo Castillo

(Au jardin de l'Infante)

Otoño

OTOÑO

(ALBERT SAMAIN)

Para Milciades Peralta

Con pasos medidos por la avenida fría
vagamos taciturnos bajo la paz del cielo;
la tarde otoñal sufre no sé qué nostalgia,
y en una indefinible, brumosa lejanía
pasan mujeres blancas con túnicas de duelo.

Como una inverosímil violeta, en el ocaso
deshójase la hora muriente. En la avenida
cada hoja susurrante y enferma que al acaso
rueda de la arboleda con un fru-fru de raso,
evoca en nuestras almas alguna ilusión ida.

Su corazón ya frío, y el mío, indiferente,
sueñan, aletargados, con un distinto puerto,
pero en la tarde hay una dulzura tan doliente,
tan suave, que olvidamos nuestro vivir incierto,
y en la desesperanza del día que se aleja
hablamos en voz baja, que tiene algo de queja,
de nuestro amor difunto, como de un niño muerto....

EDUARDO CASTILLO

«Otoño», *El Nuevo Tiempo Literario*, Bogotá, 27 de enero de 1907.
«Autumne», en: *Au Jardin de L'Infante*.

Otoño
(ALBERT SAMAIN)

Para Milciades Peralta

Con pasos medidos por la avenida fría
vagamos taciturnos bajo la paz del cielo;
la tarde otoñal sufre no sé qué nostalgia,
y en una indefinible, brumosa lejanía
pasan mujeres blancas con túnicas de duelo.
Como una inverosímil violeta, en el ocaso
deshójase la hora muriente. En la avenida
cada hoja susurrante y enferma que al acaso
rueda de la arboleda con un fru-fru de raso,
evoca en nuestras almas alguna ilusión ida.
Su corazón ya frío, y el mío, indiferente,
sueñan, aletargados, con un distinto puerto,
pero en la tarde hay una dulzura tan doliente,
tan suave, que olvidamos nuestro vivir incierto,
y en la desesperanza del día que se aleja
hablamos en voz baja, que tiene algo de queja,
de nuestro amor difunto, como de un niño muerto....

Eduardo Castillo

Dilección

Dilección

Albert Samain

Busco y amo lo vago, lo indecible :
las armonías, las esencias raras,
los ojos de color indefinible,
las cabelleras y las sedas claras.

Por eso adoro sus melenas—blondas
como el grumo de miel que en los panales
deja la abeja— y sus pupilas hondas
y sus dos manos sobrenaturales.

Y amo también su corazón, sagrario
oculto al ojo humano, en donde brilla
—tal un inextinguible lampadario
en la penumbra azul de una capilla—
un amor escondido y solitario.

EDUARDO CASTILLO

«Dilección», *El Nuevo Tiempo Literario*, Bogotá, 3 de febrero de 1907.
«Dilección», en: *Au Jardin de L'Infante*.

Dilección

Albert Samain

Busco y amo lo vago, lo indecible:
las armonías, las esencias raras,
los ojos de color indefinible,
las cabelleras y las sedas claras.

Por eso adoro sus melenas–blondas
como el grumo de miel que en los panales
deja la abeja– y sus pupilas hondas
y sus dos manos sobrenaturales.

Y amo también su corazón, sagrario
oculto al ojo humano, en donde brilla
–tal un inextinguible lampadario
en la penumbra azul de una capilla–
un amor escondido y solitario.

Eduardo Castillo